

Alejo Carpentier

La consagración de
la primavera

Novela



Su acción comienza a finales de la década del treinta del siglo XX, en uno de los hospitales de descanso de los heridos de las Brigadas Internacionales y culmina en la Batalla de Playa Girón, hecho histórico que mucho conmoviera a su autor. Es esta una novela –clasificada por el propio Alejo como “la más ambiciosa y larga, a la vez que la más política, resuelta y decididamente revolucionaria”– que entrecruza disímiles espacios y tiempos, a partir de la intensa vida de sus personajes protagónicos, Vera y Enrique, relatores, ambos, de sus respectivas historias, las que convergen, al final, en el triunfo de un nuevo mito en Cuba. Obra que deslumbra, de modo especial, por la simpática erudición de que hace gala Carpentier, de su dominio del lenguaje y de su indiscutible madurez narrativa.

—¿Quisiera usted decirme qué camino debo tomar para irme de aquí?

—Eso depende, en mucho, del lugar a donde quiera ir—respondió el Gato.

—No me preocupa mayormente el lugar... —dijo Alicia.

—En tal caso, poco importa el camino—declaró el Gato.

—...con tal de llegar a alguna parte—añadió Alicia, a modo de explicación.

—¡Oh! —dijo el Gato—: puede usted estar segura de llegar, con tal de que camine durante un tiempo bastante largo.

LEWIS CARROLL

(Alicia en el país de las maravillas)

I

1

El suelo. A ras del suelo. Hasta ahora sólo he vivido a ras del suelo, mirando al suelo —1...2...3...—, atenta al suelo —1 yyy 2 yyy 3...—, midiendo el suelo que va de mi impulso, de la volición de mi ser, de la rotación, del girar sobre mí misma (y sin poder pasar nunca de diez y seis, diez y siete, diez y ocho *fouettés*, soñando con los Grandes Cisnes Negros que alcanzan a redondear treinta y dos...) hacia la luz aquella, cabo de candilejas —faro y meta— que, prendida a la orilla del abismo negro poblado de cabezas, marcará mi regreso a una efímera inmovilidad de estatua que busca la inmovilidad de la estatua en el inseguro equilibrio —aquietamiento aparente— de músculos que se fatigaron en la lanzada, sosteniendo un pecho que mal contiene sus apresurados respiros, sus pálpitos subidos a la garganta, con los brazos repentinamente alzados sobre la cabeza en ojiva temblorosa y endeble. El suelo. Medida del suelo. Tranco, salto, levitación, anhelada ingravidez sobre el suelo. La danza. La danza siempre, oficio de alción. Y, por destino, haber vivido en llano, en inmensidades planas, entre horizontes de arena, de helechos, de nieves; a ras de tierra, a ras de las aguas marinas, inquietas, revueltas, o, de súbito, arrojadas al asalto de sus linderos la alevosa energía del embate de fondo... Pero ahora, tras de una noche en tinieblas y llano, el suelo, por vez primera, se me levanta, se para, se detiene, me cierra un paisaje de albas, mostrándose en Alta Presencia de Montañas. Un sol, que aún no veo, les delimita las cimas, define sus arquitecturas, por encima de una estremecida piel de árboles, asentándose en

estribos abiertos, en nevaduras cerradas, con grandes lomos dormidos en las escarpas de sus haldas. En mis viajes fuera del ámbito natal, que hasta ahora fueron éxodos, migraciones de pequeña tribu, fugas ante clamores, himnos y arremetidas, sólo había conocido los cielos que bajan sobre los estanques de glaucos silencios, la infinita repetición del pino y del abedul siempre semejante a sí mismo, nacido del musgo y del humus, vecino del hongo y la aradura. Y es, en este despertar, la luz sobre lo alzado, lo circunscrito, lo dividido; el paisaje vertical, decoración y tramoya del Gran Teatro del Mundo, con viejas torres dibujadas sobre nubes recién llegadas a las cumbres, con casa entre higuerras empinadas, puesta así, sobre un espolón de roca, donde pareciera que nada de lo construido por el hombre pudiera sostenerse. Y crecen las montañas; y crecen más, jugando con las perspectivas, pareciendo que ya vamos a alcanzarlas, cuando, como dando un salto atrás, vuelven a colocarse en la distancia, o bien, repentinamente traídas a nuestra derecha, se nos revelan en nuevos apeldañamientos, en nuevos volúmenes, en nuevas imbricaciones de formas, derrames y verdores. Ésta, se asoma sobre el hombro de la otra; aquélla se oculta, retrocede y desaparece; la que ahora me viene al encuentro está estriada de trazos claros —senderos acaso: caminos, pero sin presencia humana que me permita medirles el ancho ni entender las peripecias de su itinerario debido, tal vez, a remotas costumbres de re-cuas milenarias... Una viejísima leyenda, sacada acaso de aquella Epopeya de los Nartas que, entre masculladas de pipa, me contaba el jardinero de mi padre, decía que cuando los hombres del Caballo y de la Rueda, cansados de errancias de sol a sol, de luna a luna, en praderas de nunca acabar, vieron erguirse una cordillera enorme, al cabo de un andar de muchos años entre horizontes idénticos, del solsticio del trébol al solsticio del cierzo —y vuelta al trébol y vuelta al cierzo—, prorrumpieron en sollozos y se prostraron, atónitos y maravillados, ante lo que sólo podía ser

morada de los Amos de todo lo Visible y lo Invisible, creadores del Yo y del Todo. Y detuvieron los mil carros de un viaje de siglos al pie de los breñales cargados de nubes, y, sintiendo en sus venas el palpito de los augurios primaverales, procedieron a la invocación ritual de los ancestros, pasearon en hombros al Sabio que ya sólo hablaba por la oquedad de sus huesos, y, teniendo que ungir la tierra con la sangre de una doncella, lloraron todos al inmolar a la Virgen Electa —lloraron todos, clamando su compasión, lacerando sus vestidos, cerrando con lágrimas las secuencias de sus danzas de fecundidad, al pagar el cruento precio exigido para que hubiese un nuevo júbilo de retoños y de espigas. Lloraron todos... Y yo también tengo ganas de llorar, en este momento, rodeada ya de viajeros que despiertan, de gente que empieza a salir, despeinada y soñolienta, a los pasillos del vagón: ganas de llorar, pues pienso, de momento, que esas montañas son la última barrera, el cipo, la frontera, que me separan de lo que pronto, tras del próximo túnel —último de este viaje— recorriendo un largo pozo en tinieblas clavado bajo las cimas que se acrecen legua tras legua, me acercará a la cabecera de Aquel a quien podría decir, resquemada por su absurda partida, trampeada por un secreto hartado guardado, pero apiadada —entrañablemente apiadada— por un dolor suyo cuya hondura e intensidad aún no puedo medir, aquello que él me enseñara a leer alguna vez, en el libro de pasta oscura —“color de noche”, decía— que siempre tenía en su mesa de trabajo:

*¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
habiéndome herido;
salí tras ti, clamando, y eras ido.*

Pero ahora, a la izquierda, es el mar —el mar, opuesto a la majestuosa fijación de la montaña. El mar, danza ante el

arca; danza de siempre ante el decorado por siempre inmovible. El mar que me habla con palabras conocidas desde la infancia, desde la cuna —aunque el mar de *allá* era acaso más oscuro, más lento en sus desperezos, más tardío en alisar las playas, en hacer rodar guijarros con ruido de granizo apretado. Y sin embargo, aquí como allá, o cuando me tocara contemplar el océano de voces abisales, las olas grises que se rompían al pie de las terrazas de Elsinor, las mareas turbias y solemnes del alga y del varec, las aguas en paz o en turbamulta, me volvía a la mente el sencillo verso que todo lo decía: *“La mer, la mer, toujours recommencée!”* Y, en este momento, ante la interrogación del largo pozo negro, horizontal, que me esperaba, otros versos del poema se asociaban al primero, en pregunta que era la mía, íntima, profunda: *“¿Amor, acaso; odio a mí misma? / Tan próxima siento su mordedura secreta / Que todos los nombres se ajustan a su realidad”*. Y es, por fin, el Cabo de Cervera, término del viaje comenzado entre ruidosas despedidas y puños alzados en la vasta Estación de los Dos Relojos, donde habremos de pasar de un tren a otro tras del examen de papeles y visas que se hace —y es indignante observarlo— en presencia de agentes del gobierno de Burgos que, apostados junto a las ventanillas de los cuños, así, indolentemente, como gente ociosa, venida a curiosear, toman nota, para sus ficheros policiales, de nuestros nombres y señas. Estamos en alegre pueblo de veraneantes —camisetas listadas, zapatos de lona, sandalias, sombreros pajizos, falsas gorras marineras— que, en las terrazas de los cafés, sorben sus aperitivos anisados, vinos de Bañuls, limonadas y horchatas, leyendo periódicos cuyos crucigramas, sucesos pasionales, cuentos de detectives y ladrones, interesan más —aquí se viene para olvidar las preocupaciones— que el horror de lo que ocurre, tras de las cimas, a pocos kilómetros de vacaciones que para nada habrán de ser turbadas por goyescos aguafiestas de los que hoy —hace una hora, acaso— alternaron las técni-

cas del altímetro y del colimador con las pedestres y rutinarias acciones de quienes disparan a contrapared, asegurando la mira, a la sombra del tricornio charolado, desde la ungida investidura de sus túnicas cotorronas. En plazoleta cercana bailan unas cabras amaestradas, luciendo cintas en los cuernos, a compás del caramillo que tañe un feriante disfrazado de pastor navideño, con zurrón, cayado y abarcas catalanas, ante un público de niños traídos de lejos, para quienes es maravillosa novedad el espectáculo medioeval ofrecido bajo los olmos. Hay quien carga, para regocijo de pescadores, con criaturas neptunianas, hipocampos y delfines de caucho, de las que en *La Samaritana* del norte —todo lo de arriba me parece *del norte* ahora— se exhiben en vitrinas adornadas de alegorías marinas y áncoras de cartón dorado.

Y hay mujeres de blusas claras que se arriman a las tranqueras de la vía para mirar de cerca la extraña humanidad que parece menospreciar esta paz, esta dicha de quienes confían en el día de hoy y en el amanecer de mañana para permanecer en lo mismo, para seguir viviendo en luz y antojos —segura la cuenta de ahorros, segura la sombra del árbol, seguras la anchoa, y la oliva, y la hogaza tibia, y las gambas enjoyadas de perejil, y la carne marcada por la parrilla, y el hojaldre que se rompe bajo el diente, y la crema que se desborda...— al pie de laderas donde ya se hinchan las uvas violadas, gruesas de fuerte zumo, de los viñedos crecidos en las resubidas de vientos salobres... Y, la obsesión del poema harto sabido: *“Le vent se léve!...Il faut tenter de vivre!”*... Y la locomotora vieja, chirriante, renqueante, que penetra en la noche del túnel. Los vagones están a oscuras. Se borraron las caras que se alineaban, frente a frente, en el compartimento. Se prende una cerilla, mostrando un rostro sudoroso cuyos ojos fijan, bizcamente, la lumbre que mal se pasa al cigarro. —“Ahorre el pitillo” —dice uno: “Porque allá...” —“Ya es colilla” —dice el fumador, con tono de quien se siente culpable de algo. En esta

obscuridad me agarro de mi memoria, me prendo de recuerdos, para no sentirme tan sola. Ahora pienso en Novalis, en sus himnos, que tantas veces leímos *juntos*, lado a lado, antes de apagar la lámpara del velador: *"El mundo yace a lo lejos / Con el tornasol de sus gozos"*. Y amargos me resultan, en el tránsito de angustia y desconcierto en que me hallo, los versos de la meditación final: *"Los tiempos antiguos son despreciados. / Pero...¿qué nos van a traer los tiempos nuevos?"*... La locomotora se detiene, como insegura, vacilante —ciego que, desconfiado, se acogiera a los avisos del tiento en la lobreguez de su ceguera: es máquina renqueante y como harapienta, ya que, desde luego, están usando la más vieja para arrastrar vagones viejos en esta catacumba ferroviaria que se ahonda bajo los Pirineos, viajando de luz a luz, yendo y viniendo, regresando aquí para regresar allá, fuera de tiempo en la tremenda temporalidad de un año terrible. Vuelve a avanzar. Y es, otra vez, la inmovilidad. Larga, demasiado larga inmovilidad. El humo de la chimenea se nos mete por las ventanillas, las portezuelas, los pasillos, los ojos, la boca, la garganta —con ese aliento azufrado que nos baja hasta medio pecho. —"¿Qué pasa?"—pregunta uno, entre toses y estornudos. —"Más vale esto que lo otro" —responde alguien, en resignado diapasón. —"Cuando el tren para, por algo será" —dice una mínima voz, con el tono sentencioso de las niñas campesinas españolas, de ánimo tempranamente maduro, ya mujeres aunque todavía carguen con muñecas que más parecen haberles salido de las entrañas que de la juguetería... Y fue, de repente, en el silencio recobrado, como el rayo que cayó sobre la casa: seca y pavorosa percusión, estruendo en las sienas y en las visceras, pánico de oídos, garrotazo en la nuca, seguidos de un galope de fragores, de ráfagas, de conmociones, en las tinieblas de la galería atravesada, de boca a boca, por ondas llevadas, de eco en eco, por el eco de sí mismas, en las honduras de la tierra. Luego, el ruido se fue alejando, como el de una caballería en fuga, deján-

donos a solas con la pesadilla del carbón cuyo olor parecía una materia palpable que ciñera nuestras formas. —“Están bombardeando” —dijo la niña, con voz apacible. —“Menos mal que nos cogió acá abajo” —dijo el hombre del cigarrillo. —“Se acabó” —dijo otro: “Esos, de las Baleares, sólo vienen una vez en un día”. Hubo otra espera. Y el tren se puso nuevamente en marcha.

Y, de pronto, fue la luz, la recuperación de la claridad, donde volvieron los relojes a hablar en cifras. Estamos bajo una enorme bóveda de cristales rotos, rompecabezas al que faltaran muchas piezas por ensamblar, o, por el contrario, que, juntadas ya las piezas, se hubiese desarmado, revuelto, en el repentino vuelco de una mesa. Un alud de vidrios ha caído sobre los andenes y el balasto de las carrileras. Los faroles rojos y verdes del lamparero rodaron, largando el kerosén, hasta los postes negros que sostienen el letrero de:



En una pared —lo recuerdo— había un olvidado cartel del turismo internacional donde un kanguro se perfilaba, como presto a saltar, en una vasta pradera ornada de flores amarillas: *Pase sus vacaciones en Australia*. Otro, con presencia de máscaras, gigantes y cabezudos: *Le Carnaval de Nice*. Brujas: quietos canales de aguas dormidas en silencio y paz de beguinajes... Y aquí, afuera, mujeres vestidas de negro, hombres vestidos de negro, varios enfermeros, soldados —o milicianos, no sé...—, que corren, gritan, se afanan, en tomo a un cráter abierto en roca gris, entre casas destruidas, de paredes rajadas, humeantes aún —ignoro si de cales o de fuegos— largando una teja, todavía, por los aleros medio desplomados. Hay heridos —o muertos— ya

que varias camillas levantan cuerpos cubiertos de sábanas, de frazadas, de manteles. Y, detrás de las camillas, los que sacan cosas del hoyo: una silla de mimbre, un retrato en marco dorado, un santo descabezado, un caballito de balancín, una cómoda que llegó, casi intacta, al fondo... —“No volverán hoy”—dice la niña, mirando al cielo. —“Cada día son mayores las cargas” —dice un entendido. Varios franceses que venían en el tren contemplan el destrozado —acaso pelearon en la guerra pasada— con mirada de gente entendida. —“*Un entonnoir*” dice uno. Y observo que, en la obscuridad del túnel, todos se quitaron las corbatas que aún lucían en Cerbère. Y debo decir que me irrita ese tipo de hipocresía vestimentaria. Es la misma del poeta del *Boeuf-sur-le-toit* que vende ediciones de lujo a banqueros y bibliófilos de altura, pero estrena un pantalón de pana la noche en que habrá de recitar sus versos en una velada obrera de Belleville. Es la misma de los profesores de la Sorbona que se disfrazan de proletarios cuando asisten a un mitin de izquierda en el *Palais de la Mutualité*, olvidándose que Robespierre era de una elegancia casi maniática y que nadie vio nunca despechugado a Saint-Just salvo el día en que lo guillotinaron... No veo que haya relación alguna entre las ideas y las corbatas, entre la revolución y el atuendo... Miro nuevamente hacia el cráter donde empiezan a vomitar sus aguas turbias los rotos caños del alcantarillado. Detrás: “*La mer, la mer, toujours recommencée*”... Y no sé por qué me parece ahora que el mar no es ya, aquí, el que dejamos atrás en Cerbère: “*La muerte, tan fácil y tan difícil*”, creo que dijo alguna vez Paul Eluard. Al borde de la hoya, de la herida hundida en el suelo, un caballo desparrado, de vientre abierto, saca una cabeza agónica, relinchante en vagidos, mostrando una enorme dentadura que parece pedir ayuda —desesperada ayuda— a quienes por tanto tiempo lo domaron, montaron y espolearon. Al fin muere, braceando en sus tripas derramadas. Es el caballo de Guernica. El caballo de Picasso que acabo de ver en Pa-

rís, junto a la *Fuente de Mercurio* de Calder, en un Pabellón de España impresionante, lo reconozco, por su desnudez, su altiva pobreza, junto a los declamatorios alardes de un Pabellón de Italia, rastacuero, fanfarrón y operático, centrado en una estatua ecuestre de Mussolini, vestido de clámide, con ceño de Julio César y gesto de tenor que en La Scala rematará, en do de pecho, un final de acto con coro de centuriones y gran despliegue de figuración... Aquí empiezo a entender mejor el caballo de Picasso, ahora que me hallo donde se vive en su contexto de Apocalipsis. Aquí se vive bajo su signo. Lo que dejamos atrás, atrás de las montañas impasibles, de las montañas que se encogen de hombros ante lo que ahora miro, de las montañas que se nos presentan de cara o cruz, me doy cuenta de ello, es el Girasol de Van Gogh. Pero aquí se acabaron los girasoles, las pinceladas de sol en sol mayor, los trigales apresados en el instante de su estremecimiento, la casi alegre luz de cementerios marinos y la tragedia menor de quien se corta la oreja de un navajazo. Aquí entramos en *Los horrores de la guerra* —en albores de espanto, aunque ya es mediodía.

2

Así, pues, mañana iré a Benicassim —lo cual, a pesar de la impaciencia, trae gran alivio a mi angustia, ya que Benicassim es lugar de descanso y recuperación para convalecientes. Así me dijeron en el Hospital Provincial de donde salió el herido —“y de muy buen humor” añadieron, “y fumando un cigarrillo antes de ser subido a la ambulancia”— el martes pasado, Y no hay duda: se trata de él. He visto su ficha de ingreso y la notificación de su traslado con nombre y apellido, y, por si duda hubiese, con el apellido materno (ese segundo apellido que los españoles se empeñan en acoplar al primero, como para asegurar ante el mundo que fueron concebidos en vientre conocido y honorable), que, en este caso, se eriza de consonantes polacas nunca correctamente puestas en su sitio por quienes, aquí, tenían que trasladarlas a tarjetas y papeles, para mejor identificación de un extranjero sumado a los tantísimos extranjeros alistados en las Brigadas... Me he sentado en un banco municipal en espera de que caiga la noche, comer algo, e ir a dormir a la Calle del Trinquete de Caballeros, donde dejé mi flaca maleta, de bailarina acostumbrada a viajar con dos vestidos y catorce zapatillas, en un cuarto de paredes enca-ladas, sin más muebles que una angosta cama de hierro, un reclinatorio que hace las veces de silla —silla demasiado baja para sentarse en ella—, y palanganero con jofaina de peltre. Pero la noche está cayendo ya y observo que me voy quedando sola en la plaza cada vez más desierta, cuyas luces no acaban de encenderse. Y la noche se hace más noche en ciudad entregada a las tinieblas. Y buscando en

mi bolso la minúscula linternilla que me fue entregada al salir, recuerdo —harto tarde— la advertencia del apagón que me hizo el mozo del albergue a donde fui a dar esta mañana, con aquel “y no hay luna, señorita”, que no acabé de entender. Pero ahora sí que entiendo. Porque, si no se encienden ni se encenderán los focos municipales, tampoco habrá luna que me ayude a encontrar mi camino —ni ventanas, siquiera, que pongan alguna claridad en las aceras, pues todos los postigos están cerrados, corridas están todas las cortinas, y donde no hay postigos ni cortinas, los cristales han sido cegados con papeles opacos. Y quienes, por esperar frescores improbables —pues el calor es agobiante— dejaron batientes abiertos, se cuidaron de no prender luces visibles del exterior... Nunca, nunca, había visto una ciudad así, en tinieblas, en noche total, absoluta, como debieron ser aquellas inverosímiles noches de las novelas de capa y espada donde dos amigos, dos hermanos, se acuchillaban en duelo feroz por no haberse conocido las caras. Noche de edificios sin caras, sin edad, sin estilo, con inesperados salientes, borrosos adornos, una que otra reja; noche de esquinas confundidas en sus negruras, de calles que no son calles porque no salen de nada visible para conducir a nada visible. Las casas pequeñas —o acaso más antiguas— parecen achatarse sobre el suelo, acercando repentinamente a mis ojos extraviados el perfil de un alero, de un sobradillo, de una comisa; las construcciones mayores se pierden en lo alto, sin fronteras, sin deslinde, sin contornos —sin más realidad que su realidad de mole, de pisos sobre pisos, muchos pisos, no sé cuántos pisos. Alzo, a veces, a lo largo de una pared, la luz de mi linternilla en busca de un letrero orientador, de un nombre: Calle Tal, o Tal, o Tal —conozco dos o tres. Pero, nada. Al encuentro me viene el más absurdo cartel pacifista que he visto desde mi llegada: un cartel que muestra soldaditos de plomo, pistolas de fulminantes, cañoncitos de madera, sables de hojalata: madre: no regales estos Juguetes a tus niños... ¡Esto en un